

escite menos las sospechas. Y si muere allí algun Confesor, aunque no haya padecido tormento alguno, rendid á su cuerpo una veneracion religiosa, y ponedle en el número de los Santos, notando con exactitud el dia de su muerte, para celebrar despues su memoria con la de los antiguos Mártires. Nosotros luego que llega aquí semejante noticia ofrecemos el santo Sacrificio, que esperamos ofrecerlo pronto en vuestra compañía."

Manifestábales el cuidadoso Obispo escribiendo á los Confesores, quanto ansiaba disfrutar de su presencia, si posible fuera. „¿Qué puede haber para mí mas grato, dice, que besar esas manos puras cargadas de cadenas, solo por haberse negado á rendir un homenaje impío; y esas bocas consagradas con una confesion gloriosa del nombre amoroso de Cristo? Las ricas coronas que descansan ya, por decirlo así, sobre vuestras cabezas, no las perdais ni un momento de vista. ¡Dichosas tambien y mil veces dichosas las constantes mugeres que están con vosotros, y que con un valor tan varonil han superado la esfera de la debilidad de su sexo! Y para que nada faltase á la gloria de vuestra confesion, el Dios de las victorias os ha dado tambien por compañeros algunos niños."

51. San Gregorio el Taumaturgo, Obispo de Neocesárea, se retiró tambien con el objeto de dar un egeemplo mas de prudencia Cristiana; porque como habia engendrado á todos los de su grey en Jesucristo, y todos por consiguiente eran nuevos en la fe,

temia el sabio y tierno Pastor verlos empeñados, sin una disposicion bien marcada de la Providencia, en un combate superior á sus fuerzas. Mas Dios bendijo de tal modo sus tareas, que por una escepcion única y enteramente asombrosa en la formidable persecucion de Decio, ni un solo apóstata se vió en Neocesarea; y aun quiso el Señor mostrar con un particular milagro que aprobaba el retiro del santo Obispo (1). Habíase refugiado á los montes á donde le persiguieron un crecido número de emisarios de la tiranía, de los que unos guardaban los pasos, otros recorrian los parages mas solitarios, y le buscaban con el mayor cuidado por los desfiladeros, en todos los parages ocultos, y registraban hasta los mas pequeños agujeros de las rocas. Parecia imposible en lo natural que dejasen de hallarlo; pero en verdad pasaron veinte veces por delante de él y jamás le vieron. El principal vigía de la tropa admirado de una cosa tan estraña, volvió solo á recorrer los mismos parages, y halló al Santo orando con su Diácono, los dos inmóviles, en un lugar por donde el Oficial acababa de pasar con su escuadra, y en el cual todos ellos no habian visto sino dos árboles. Hízose Cristiano echándose á los pies del Taumaturgo, y nunca quiso separarse despues de su compañía.

Desahogaron los Paganos toda su rabia en las ovejas de Gregorio, á muchas de las que sorprendieron en sus mismos rediles; mas las fervorosas oraciones del Obispo las sostuvieron y evitaron su ruina. Ad-

(1) *Greg. Nyss. in vit. Thaum.*

virtieron un dia que mudaba de semblante de repente en la oracion, y que pasado un momento se volvió á tranquilizar bendiciendo al Señor. Le preguntaron la causa de aquellas súbitas mutaciones; respondió, que en la hora misma en que estaba hablando habia sido presentado al Gobernador un jóven distinguido llamado Troadio, el cual despues de padecer muchos tormentos habia alcanzado la palma del martirio. Tuvo la curiosidad su Diácono que era el antiguo Sacerdote convertido de los ídolos, como queda dicho, de informarse de todas las circunstancias de aquel hecho, y halló que eran enteramente como el Santo las habia contado.

Retiráronse muchos fieles de todos países á parages solitarios, y aun muchos huyeron hasta los inmensos desiertos de la Arabia, en donde murieron infinitos de hambre y de miseria; de cuyo número fue Quere-mon, Obispo de Nicópolis, con toda su familia. Penetraron hasta lo mas escondido de la Tebaida algunos habitantes de Alejandría y de todo el Egipto; y el Señor que volvia en bien de su Iglesia la malignidad misma de sus enemigos, dió así el origen á la vida eremítica, que en los lugares mas incultos formó pueblos enteros de Santos.

52. Pablo, natural de la baja Tebaida, en donde vivia ya muy cristianamente, fue el primero de estos ilustres solitarios; de modo que ni su juventud, ni sus riquezas, ni su nacimiento distinguido fueron suficiente causa para que se precipitase en el desorden; antes por el contrario no respiraba sino virtud; mas

su humildad misma le infundió miedo de esponerse á los tormentos. Ocultóse al principio en una alquería, desde donde supo que su cuñado queria entregarlo á sus enemigos, para apoderarse de sus bienes, por cuya causa se internó mucho más en el desierto; y allí, bajo la inmediata direccion del Espíritu Santo, halló en la meditacion de las cosas eternas cierta dulzura que todas las posesiones de la tierra no hubieran podido ofrecerle. Hizo Dios, que era el que le guiaba, que encontrase una roca en cuyas entrañas la naturaleza habia formado una especie de sala, á la que daba luz muy agradablemente una abertura que se advertia en la parte superior. Servia para apagar la sed al Solitario una fuente pura y copiosa que brotaba en la misma montaña, y formaba en el valle cercano un hermoso arroyuelo; y una palma grande cubria la entrada de su gruta, dándole alimento con su fruto; hasta que el Señor le mandó llevar por un cuervo un alimento mas conveniente á su avanzada edad. Esta es la habitacion en que Pablo, sin mas compañía que la de los mónstruos de África, habitó noventa y dos años, ageno de pesares y de inquietud. Sentia muchas veces despues de haber pasado toda la noche en oracion, que la aurora viniese tan pronto á interrumpir sus dulces coloquios con el Señor. Representábase otras desde aquel puerto tranquilo la mar de las pasiones que agitan á las gentes del siglo; se lamentaba de la ceguedad de los mortales que le hacia tanto mas grata la dicha de su estado; tenia á gran fortuna vivir desconocido de todo el mun-

do, y disfrutaba con una humilde gratitud de los favores divinos y de su inocencia. Al gran San Antonio lo dió Dios á conocer únicamente, pero fue despues de haber pasado mucho tiempo en aquella ignorada soledad, y solo poco antes de morir en el año ciento y trece de su edad.

53. Empero si la persecucion causó tantas ventajas á la Iglesia, tampoco podemos disimular que en diferentes lugares la llenó de dolor y confusion. Entre los Cristianos de la afeminada y voluptuosa Alejandría viéronse muchos apóstatas, especialmente entre las personas distinguidas y acomodadas: acudieron muchos de ellos espontáneamente á sacrificar á los ídolos, protestando que nunca habian sido Cristianos; y algunos efectivamente nunca habian tenido el espíritu del cristianismo. Pero lo peor era que su egemplo seducia á otros muchos, de los que la mayor parte se acercaban al altar pálidos y trémulos, dando mas muestra de víctimas que de sacrificadores; de modo que el mismo pueblo idólatra insultaba á su cobardía, porque veía patentemente que tenian á un mismo tiempo miedo de sacrificar y de perecer. Dejábanse otros llevar á la cárcel, y aun llegaban á sufrir con denuedo los primeros tormentos, mas renegaban luego sacrílegamente.

El escándalo fue mucho mayor en Cartago, y siempre entre los ricos, de los que hubo tantos que querian de una vez renunciar al cristianismo, que los Magistrados se veían en la precision de dejar una parte de ellos para el dia siguiente; mas los infames sacri-

legos pedian como un don el ser admitidos los primeros; y aun se vió á varios traer á sus hijos, sin pedírselos, y presentarlos al ídolo para borrar en ellos el carácter de Jesucristo. Pero la mayor parte de los delinquentes fue la de aquellos que para evitar la vergüenza de una pública apostasía, recibieron de los Magistrados unos libelos ó cédulas para que no se les buscasse; lo que les dió el nombre de *Libeláticos*: práctica que se juzgó de una profesion indirecta de la idolatría.

54. No tanto estas caidas ocasionadas por el miedo, quanto las relajaciones y verdaderos desórdenes en que incurrieron los Confesores mas constantes é intrépidos, son lo mas extraño y aun lo mas incomprendible para cualquiera que no reflexione las inconsecuencias del corazon humano en sus procederés. San Cipriano escribia á algunos de ellos: „¡qué vergüenza para la causa que defendeis! ¡qué desdoro contar entre vosotros á este intemperante y entregado á la embriaguéz; á aquel locamente enamorado de su pais, y muy imprudente para volver á él despues de haber sido desterrado; de modo que se esponen á morir, no como Cristiano, sino como refractario y contumáz! Hay otros que están hinchados de orgullo y vanidad. Es lo mas escandaloso que estando recientemente santificados por una generosa confesion, olvidan las leyes sagradas de la decencia, y profanan ó se esponen á profanar en sus personas los miembros de Jesucristo, y los templos del Espíritu Santo. Y aun cuándo su conciencia no les remordiese de incontinencia real,

¿no es ya un crimen mayor el escándalo? ¿Y no es tambien otro la amargura de corazon y la envidia en las cuestiones, las palabras injuriosas, y los arrebatos que tan frecuentemente se notan en vuestras asambleas?"

55. Un abuso que se dirigia nada menos que á arruinar enteramente uno de los puntos mas capitales de la disciplina, afligió mucho mas todavía á este santo y fervoroso Prelado. La penitencia se hallaba á la sazón en el mayor vigor; siempre se la habia considerado como indispensable y necesaria en su substancia, mas su ejercicio público ó particular habia pendido enteramente de los Obispos en los tiempos primitivos; y solos pasados dos siglos, ó despues de la heregía de Montano, se observaron en esta materia algunas leyes determinadas y uniformes. En tiempo de San Cipriano, estas se hallaban en toda su fuerza; y el celo de este Santo por una policia tan gloriosa á la Iglesia y tan útil á los mismos fieles, no pudo ver sin penetrarse de dolor que el respeto que se tenia á los Mártires ocasionase la mas arriesgada decadencia en este punto: pues no solo se disminuía por su empeño la satisfaccion impuesta á los Libeláticos, sino que hasta los cobardes que habian idolatrado alta y espontáneamente, querian ser admitidos á la comunión ó reconciliacion solemne por medio de ciertas cédulas de recomendacion que sacaban por fuerza de los Mártires y Confesores. Cuando los conducian al suplicio, esperábanlos al tránsito ó iban á buscarles á las cárceles, y con súplicas im-

portunas y lágrimas las mas veces fingidas obligábanles á concederles lo que llamaban una cédula de paz que decia: „que N. comunique con los suyos." Tan grande era la veneracion que se rendia á las santas víctimas de Jesucristo, que se miraba su dictámen como si hubiese sido fallado por Jesucristo mismo: pero estas religiosas disposiciones cedian en menoscabo de la Religion, porque muchas veces los Confesores concedian la paz con poco discernimiento de las personas; y de aquí dimanaba que el uso de la penitencia se abolia poco á poco de una manera muy rápida y visible.

56. Habia un cierto Luciano entre los fieles presos en Cartago, que tenia correspondencia epistolar con un Cristiano de Roma llamado Celerino, y como este hubiese salido de la prision despues de haber confesado la fe ante el Emperador, escribió al Confesor de Cartago Luciano, su antiguo amigo, pidiéndole la gracia de la reconciliacion para dos mugeres que habian idolatrado. Y logró mas de lo que pedia, porque Luciano respondió en términos espresos que queria que tuviesen la paz; y no solo estas dos personas, añadia, sino tambien aquellas á quienes sabeis se aplica nuestra intencion. Se dejó llevar Luciano de la fogosidad de su espíritu ardiente y poco ilustrado despues de esto: daba cédulas de paz á todos los apóstatas sin distincion; y viniendo á ser como una cabeza de faccion, las dictaba á nombre de los demás Confesores, y con especialidad con el de un mártir llamado Pablo, aunque ya hacia tiem-

po que habia muerto; porque habia mediado entre los dos una íntima amistad, y Pablo le habia parecido muy inclinado á este género de indulgencia.

57. Sabedor San Cipriano en su retiro de un proceder tan extraño echó de ver desde luego los desórdenes que indispensablemente ocasionaria; y así se dió traza inmediatamente á poner remedio á tan grave mal, escribiendo á los Confesores, á su Clero y á su pueblo, y pidiéndoles á todos eficazmente, que no otorgasen la paz ó la comunión, sin considerar á lo menos la diferencia de las caidas, y el tiempo que por ellas se hizo penitencia. Y juzgando este negocio de suma importancia, y mayor de lo que parece á los que han perdido la idea de la disciplina antigua; quiere que se espere hasta su vuelta para examinar por sí mismo todos los casos particulares en una junta de Obispos, y en presencia de los Confesores. Mas usó de cierta condescendencia viendo despues que aun no le era posible presentarse en Cartago; y ordenó que los Sacerdotes pudiesen reconciliar á los enfermos que se hallasen en riesgo de muerte.

No dejó de ser censurado el celo del Pastor, del que se hizo una infiel relacion al Clero de Roma, por hallarse todavía vacante la Santa Sede desde el martirio del Papa San Fabian. No se desdenó el Primado de Africa de justificarse, ó mas bien pidió una regla segura para conducirse en estas circunstancias: pues como no habia hecho jamás cosa alguna sin el consejo de su propio Clero, costaba poco á su humildad ponerse de acuerdo con la primera de todas las Igle-

sias. La obstinacion de Luciano se sostenia por otra parte contra los reglamentos del Primado; el que viendo que no era bastante su autoridad, creyó que lograria calmar mas felizmente los disturbios de su Iglesia, mostrando la conformidad de sus principios con los de la Silla Apostólica.

Nada halló Roma que no fuese digno de loa en la conducta de Cipriano luego que se hubo informado bien de este negocio, y respondió elogiando su sabia severidad: que usar de la dulzura de que él se quejaba, no seria sanar sino matar al enfermo, privándole, despues de la herida del pecado, del remedio indispensable de la penitencia; que nadie estaba tan obligado á mantener el santo rigor del Evangelio, como los Mártires, los que por su defensa se esponian á los tormentos; y que era una especie de apostasia el deshorrar la moral del Verbo hecho hombre, aunque se confesase su fe: que los penitentes debian suplicar con un ardor modesto, con un respetuoso y dócil deseo, y con una constante humildad: que podian llamar á las puertas de la Iglesia, mas no quebrantarlas; presentarse en el vestíbulo, sin osar temerariamente pasar adelante; velar á la entrada del campo, mas sin olvidarse de su desercion, y dispuestos á pasar por todas las pruebas capaces de reparar el escándalo. Concluía la epístola acordada con algunos Obispos llamados de las inmediaciones, y con los de las provincias distantes que se refugiaron á Roma por causa de la persecucion, arreglando provisionalmente que se siguiese la antigua disciplina en los ca-

tos ordinarios , mientras se obtenia la paz de la Iglesia y la eleccion de un Soberano Pontífice , para profundizar este negocio ; pero que eu riesgo de muerte se tuviese como ya lo habia dado á entender la Iglesia Romana , que era una obligacion otorgar la reconciliacion á los penitentes , y el bautismo á los catecúmenos , como tambien asistir á los perseguidos por la Religion. Fue esta epístola un decreto de reglamento tanto para Cartago como para todas las Iglesias , á las que se envió inmediatamente. Fue parto del Sacerdote Novaciano , que da á conocer los talentos de que presto le veremos hacer abuso para formar un cisma ; y todos los demás Sacerdotes de la Iglesia Romana la habian corroborado con sus firmas.

58. Mas ni aun despues de este decreto cedieron los Cristianos caidos ; antes bien pretendieron que se les debia en rigor la paz por la concesion de los Mártires , y que no se les podia disputar sin notoria injusticia. Escribieron á San Cipriano imbuidos de tales ideas , tomando el nombre de la Iglesia , á la que osadamente ponian de su parte. El Santo les respondió : „ que Dios habia edificado su Iglesia sobre el cimiento del Episcopado , diciendo á su cabeza : *tú eres Pedro , y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia ;* cuyas palabras , aunque establezcan principalmente la primacia de Pedro y de su Silla , eran concernientes tambien á los demás Obispos , por razon de la unidad del Episcopado : que la Iglesia Católica es una , y que los Obispos juntos forman constantemente el vínculo de su union : que no permita ni quiera Dios se dé el

nombre de Iglesia á una tropa ó junta de refractarios : que si algunos indóciles hacen partido aparte , no por eso se separa el cuerpo de la Iglesia de su adorable cabeza Jesucristo ; y que el rebaño fiel , el redil legítimo y verdadero lo forman aquellos que permanecen unidos al Obispo.” Esto es lo que decia aquel ilustre Doctor en unas circunstancias en que parecia tan útil el contemporizar ; pero era porque para él no habia cosa peor que hacer el mas leve detrimento , bien sea á la pureza de la fe , ó bien á la observancia de la disciplina. Tal era el espíritu de la Iglesia en una de las crueles persecuciones ; la que pasada , arregló Cipriano en un Concilio , como tenia propósito , los casos particulares que presentaban alguna dificultad , y tomó eficaces medidas para la puntual egecucion de todos los reglamentos que se formaron.

59. Antoniano , Obispo de Numidia , hallábase vacilante sobre el modo de conducirse con los que habiéndose reconciliado estando en peligro de muerte , sanasen despues. Respondió el Prelado tan prudente como celoso , que no por esto no se les debia socorrer en el riesgo , como se habia deliberado. Y añadia : „ mas despues que les hemos dado de este modo la paz , no podemos obligarles á morir en efecto , porque solo son recibidos como moribundos ;” é inspirando luego aquel espíritu de dulzura y caridad de que estaba penetrado ; „ sí , sigue , es necesario recibir los pecadores á penitencia , no sea que se precipiten en la desesperacion ; y no temais que por esta

condescendencia se disminuía el número de los Mártires. ¿Por ventura no hay vírgenes, sin embargo que se concede la penitencia á los adúlteros?"

60. Mas apenas habia vencido San Cipriano esta dificultad, cuando se le ocurrió otra nueva. Habia mucho tiempo que Felicísimo se empeñaba en causar todos los disgustos que le eran posibles á su Obispo; y con esta mira habia puesto en obra lo que su espíritu artificioso le dictaba con el fin de embrollar mas y mas el asunto de los Libeláticos. Formó un cisma declarado, viendo que tomaba un aspecto enteramente contrario á sus esperanzas, levantó altar contra altar, é hizo una Iglesia y un rebaño aparte, que reunió en una montaña fuera de la ciudad, desde donde echó excomuniones contra todos los que no eran sus secuaces. Se vió precisado el Santo Obispo á valerse de las mismas armas, con el intento de evitar mayor desercion. Mas tan vanos é impotentes como fueron los anatemas despedidos desde la montaña, otro tanto mas eficaces eran los de la Cátedra legítima; y Felicísimo no tenia la ventaja bastante comun en los cabezas de partido, de ser ó parecer irreprehensible en sus costumbres, porque se le habia convenido de fraudes manifiestos, así como de haberse apropiado una cantidad de dinero que tenia en depósito, y de haber corrompido algunas vírgenes; y Cristianos dignos de toda fe le acusaban hasta de adulterio, ofreciendo la prueba de su acusacion.

Separando á Felicísimo el Sacerdote Nevato, que habia sido el primero que causó el mal, de su Pre-

lado, y haciéndole ordenar clandestinamente de Diácono, era todavía peor que el malaventurado Felicísimo; pues á los vicios del espíritu reunia la avaricia y las violencias mas execrables. Acusábanle de haber despojado á los huérfanos, á las viudas, y hasta las mismas Iglesias; y de haber dejado perecer de hambre á su propio padre, sin dar tan solo disposicion para sepultarle. Tanta atencion habia llamado este primer escándalo, que siendo casado ninguno ignoraba que habia maltratado tan ferózmente á su esposa en un embarazo, que la criatura habia perecido en el seno de su madre. Se levantaba en una palabra de todas partes la voz general contra él: los fieles pedian unánimemente un castigo egemplar por delitos tan execrables en un Sacerdote; é iba á ser depuesto ó quizás escomulgado, cuando los disturbios de la persecucion le dieron treguas, y se anticipó á su condenacion, que solo se habia diferido, separándose é incitando á los demás á separarse del legítimo Pastor. Partió despues para Roma, en donde no tardó en adquirir conocimientos y amistades, no contento con haber turbado el sosiego de la Iglesia de África; pues como no tenia mas objeto que hacerse estimar, todos los medios le eran indiferentes. Habia sostenido la faccion de Felicísimo en Cartago, que concedia la comunión á los apóstatas sin obligarlos á ninguna penitencia. Defendía en Roma á Novaciano, que los desechara á todos con una dureza capaz de desesperarlos. Este fue el origen del primer cisma que alzó osadamente la cabeza contra la unidad de la Iglesia Romana.